

ron lanzados por mis ojos hasta sus tuétanos. Frecuentemente bajaba la vista, cuando se encontraba con la mía; una vez ó dos, fijó la suya en mí y yo me complací en ultrajarle con sonrisas, á hurtadillas, pero negras, que acabaron por confundirle. Yo me bañaba en su rabia y me deleitaba haciéndosela sentir.» — Un hombre así no podía hacer fortuna: ¿acaso podía él siempre ser dueño de sí mismo, bajo Luis XIV? El así lo creyó, pero equivocadamente. Sus miradas, el plegar de sus labios, el temblor de sus manos, todo en él proclama muy alto su amor ó su odio; los ojos menos penetrantes lo ven así. Si se evadía, en lo más rudo de la acción, el huracán interior lo arrebató; se le tenía miedo, nadie quiere amparar un hombre tempestuoso. No estaba en su casa y en su propio dominio, sino por la noche, con los cerrojos echados, solo, bajo su lámpara, entregado á sus papeles, y demasiado abstraído, por el semiolvido y el aislamiento podía bien notar sus sensaciones; y no solamente las tenía bastante vivas, sino que tenía muchas. Su nombre, lo mismo que su fuerza, le sustraían á la vida práctica y le imponían la vida literaria.

Tantas ideas, oprimen. El político no ve más que una, que es la verdad; tiene el tacto justo, más bien que la imaginación excesiva; por instinto marcha por el buen camino y le sigue sin buscar otro. Saint Simon es un poeta épico; el temor, la oposición, las partes intermedias, el inextricable entrelazamiento y las infinitas prolongaciones de las consecuencias, todo lo ha abrazado, medido, sondeado, previsto y discutido; el plan exacto del laberinto se halla en su cabeza, sin

que la menor cantidad de sendero real ó imaginario haya escapado á su visión. ¿No es sabido que Balzac había inventado teorías químicas, una reforma de la Administración, una doctrina filosófica, una explicación del otro mundo, trescientas maneras de hacer fortuna y la manera de gobernar el Estado? El genio del artista consiste en descubrir pronto, fácilmente y sin cesar, no aquello que es aplicable, sino aquello que es verdadero; y esto hizo Saint Simon; á cada volumen que adelanta, encuentra el medio de salvar al Estado. Sus amigos, Fenelon y el duque de Borgoña, á puerta cerrada, y estando los domésticos fuera, rehacían el reino como él. Fabricaban á Salente y otras buenas reducidas Monarquías muy absolutas, que tenían por freno la honradez del rey y el infierno al fin. Esta era una escuela de «quiméricos».

Saint Simon fundó también (en el papel) su república; en ella limitaba la Monarquía, declarando las obligaciones vitalicias del rey, sin fuerza para obligar á los sucesores. En su opinión, esta declaración lo reparaba todo. Cuatro ó cinco páginas de consecuencias ponían de manifiesto el magnífico torrente de bendiciones y de felicidades, que caería sobre la nación; un golpe de pergamino le bastará al pueblo y elevará la Monarquía; nada se ha olvidado allí, si no es otro golpe de pergamino inevitable, suplicado por todo rey ocho días después del primero, anulando éste como atentatorio al derecho de la corona. Y es que ninguna fuerza se limita á sí misma: su invencible esfuerzo es por crecer y no por reducirse; limitásele más por una fuerza diferente; lo que puede reprimir

la realeza no es la realeza, sino la nación. Saint Simon no fué sino un hombre «lleno de visiones», es decir, romántico, como Fenelon, aunque privado de las pastorales.—Pero esta riqueza de invención sistemática, peligrosa en política, es útil en literatura; Saint Simon arrebató, aunque no se quiera; se apodera de nosotros y nos posee. Yo no conozco nada más elocuente que las tres entrevistas que tuvo con el duque de Orleans, para hacerle rechazar á su señora. En ninguna parte se ha visto tanta fuerza y abundancia de razones, tan atrevidas, tan contundentes, tan bien acompañadas de detalles preciosos y de pruebas: todos los intereses, todas las pasiones llamadas en su ayuda, la ambición, el honor, el respeto de la opinión pública, el cuidado de sus amigos, el interés del Estado, el temor; todas las objeciones, rebatidas; todos los expedientes, hallados, aplicados, ajustados; una inundación de evidencia y de elocuencia contra la que no hay resistencia posible, que desvanece las dudas y pone á flote en el corazón la luz y la creencia; y por encima de todo, una impetuosidad generosa, un desbordamiento de amistad que todo lo «ablandaba y doblegaba bajo el peso de la vehemencia»; una licencia de expresión, la cual, ante un príncipe real se desencadenó hasta llegar á los insultos; «nadie podría sufrir de una nieta de un rey de Francia, de treinta y cinco años, lo que el magistrado y la policía hubieran castigado en cualquiera otra persona, hacía mucho tiempo», y estaba seguro de que la desnudez y la suciedad de su vida le haría caer más bajo que los señores periclitados bajo las ruinas de su obscuridad desbordada; que era á él,

cuyas dos manos tocaban á estos dos tan diferentes estados, á quien le correspondía elegir uno para toda su vida, luego que, después de haber perdido tantos años, y nuevamente desde el negocio de España, nueva maza que le había otra vez abrumado, un postremo abatimiento hubiese afirmado la piedra del sepulcro donde él hubiera entrado en vida, y del cual después ningún humano recurso, ni suyo ni de nadie, le podría sacar». El duque de Orleans fué arrastrado por este torrente, y cedió.—Nos plegamos á la par que él y comprendemos que un alma semejante tenía necesidad de expandirse. Falto de un lugar en el mundo, Saint Simon tomó uno en el de las letras. Como un brillo flamante, cargado y encumbrado de luces, pero excluido de la gran sala de espectáculos, arde en secreto en su cámara y al cabo de ciento cincuenta años deslumbra todavía. Es que halló el lugar que le correspondía; este espíritu, que rebosa de sensaciones y de ideas, había nacido curioso, apasionado por la Historia, hambriento de observaciones, «persiguiendo con miradas clandestinas toda fisonomía»; psicólogo por instinto, «llevando tan fuertemente impreso en él las diferentes cábalas, sus subdivisiones, sus refinaciones, sus diversos intereses, que la meditación de muchos días no le hubiera desenvuelto y representado todas estas cosas, más claramente que el primer aspecto de todos los rostros». «Esta prontitud de los ojos para penetrar por dondequiera, sondando las almas», prueba que Saint Simon amaba la Historia, por la Historia. Su favor y su desgracia, su educación y su natural, sus cualidades y sus defectos le conducían á ello.

Así nacen los grandes hombres, por acaso y por necesidad, como los grandes ríos cuando los accidentes del suelo y sus pendientes reúnen en un lecho todos sus arroyos.

IV

EL ESCRITOR

En el siglo XVII, los artistas escribían como hombres de mundo; y Saint Simon, hombre de mundo, escribía como artista; esta era su característica. El público acude á él como al más interesante de los historiadores.

Este talento consiste, en primer lugar, en la vista exacta y entera de los objetos ausentes. Los poetas de aquel tiempo conocían tales objetos por una noción vaga y los expresaban mediante una frase general. Saint Simon se imagina el detalle preciso, los ángulos de las formas, los matices de los colores y los señala con una claridad de pintor ó de geómetra; yo cito lo que sigue para ser preciso é imitarle; se trata de La Vauguyon, medio loco, que un día empujó á madame Pelot contra la chimenea, la agarró la cabeza entre sus dos puños y quería ponerla en compota. «He aquí una mujer muy asustada, que entre sus dos puños le haría reverencias *perpendiculares* y cumplimientos cuantos ella pudiera, y él, en cambio, siempre enfurecido y amenazante.» Un matemático no lo hubiera dicho mejor.—Cosa extraordinaria en su siglo: Saint Simon imaginaba la física como Victor Hugo; sin metáfora, sus retratos son retratos: «Har-

lay era un hombre pequeño, vigoroso y delgado, con un rostro en *rombo*, una nariz grande y aquilina; los ojos, hermosos, habladores, penetrantes, que no miraban sino á hurtadillas; pero en fijándose en un cliente ó en un magistrado, era para hacerle entrar en la realidad; un traje poco amplio, un alzacuello casi eclesiástico y manguitos planchados como ellos; una peluca muy oscura y muy mezclada de blanco, con tufos y con un gran solideo por detrás. Se mantiene y marcha un poco encorvado, con un falso aire más humilde que modesto, y rompe todos los días las murallas para hacer que le dejen otro sitio con más ruido, y no adelanta sino á fuerza de reverencias respetuosas y como avergonzado, dirigidas á derecha é izquierda, en Versalles». He aquí una de las razones que hacen hoy á Saint Simon tan popular; describe el exterior, como Walter Scott, Balzac y todos los novelistas contemporáneos, los cuales son anticuarios por su voluntad, comisarios apreciadores y comerciantes de compra y venta de objetos preciosos; su talento y nuestro gusto coinciden: las revoluciones del espíritu nos han llevado hasta él.

Ve tan distintamente lo moral, como lo físico, y lo pinta por que lo distingue. Todo el mundo sabe que el defecto de nuestros poetas clásicos es el de no poner en escena á los hombres, sino las ideas generales; sus personajes son pasiones abstractas que marchan y disertan. Se diría que son vicios y virtudes escapados de la *Ética* de Aristóteles, vestidos con una ropa griega ó romana y ocupados en analizarse y refutarse. Saint Simon conoce al *individuo*; le determina

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO"
Año 1885 MONTANESY

por sus rasgos especiales, por sus particularidades y sus diferencias; su personaje no es el iracundo y el brutal: es un cierto iracundo y un cierto brutal; hay tres ó cuatro mil pícaros en su obra, de los cuales ninguno se parece á los demás. Nosotros no imaginamos los objetos, sino por estas precisiones y estos contrastes; es necesario marcar las cualidades distintivas para hacer visibles á las personas; nuestro espíritu es una tela tupida donde las cosas no aparecen sino apropiándose una forma limitada y un contorno personal. He aquí por qué este retrato del abate Dubois es una obra maestra: «Era un hombre pequeño, delgado, afilado, canijo, con la peluca rubia, con semblante de garduña y fisonomía de inteligencia; era completamente lo que en mal francés se llama un *sacre*; pero casi no se puede expresar de otro modo. Todos los vicios combaten en él para ver cuál se hace el amo, y hacen allí un gran ruido y sostienen continua lucha unos con otros. La avaricia, el desorden y la ambición eran sus dioses; la perfidia, la falsía y el servilismo, sus medios; la impiedad perfecta, su reposo; sobresalía en bajas intrigas, vivía de ellas y sin ellas no podía pasar; pero siempre con un fin al cual tendían todos sus pasos, con una paciencia que no tenía otro término que el triunfo ó la demostración reiterada de que éste no se podía conseguir, á menos que, caminando en las profundidades y en las tinieblas, se abriera el mejor día un nuevo pasadizo: Así pasaba su vida en trabajos de zapa.» ¿No véis la bestia subterránea, feroz y furiosa, excitada por la sangre que bebe, silbando y jurando en las gazaperas

que él sonda? «La hozadura le hacía muchas veces realizar un viaje en redondo alrededor de una cámara, corriendo sobre las mesas y sillones sin poner los pies en el suelo.» Vivió y murió entre rabietas y blasfemias, «crujiendo los dientes», volviendo «los ojos hacia la cabeza», acompañado todo con una gran tempestad, y tan continua, acompañada de insultos y de injurias, que no se comprende cómo pudieron resistir los nervios de un hombre tal excitación; la sangre febril del animal de presa se inflama para no apagarse más, y por acometidas exasperadas se encarniza en el botín. Hay allí observaciones para el fisiólogo, para el pintor, para el hombre de mundo, para el psicólogo, para el autor dramático, para todos, en fin. El genio basta á todo y todo lo proporciona; la visión del artista es tan completa, que su obra ofrece materiales á las gentes de todo género, de toda clase de vida y de todas las ciencias. Alma, ingenio y carácter, el interior y el exterior, gestos y trajes, pasado y presente, todo lo ve Saint Simon y todo lo hace ver. Recorriendo todas las literaturas no encontraréis acaso más de tres ó cuatro imaginaciones tan comprensivas y tan claras como la de este hombre.

Con la facultad de ver los objetos ausentes, asimismo tenía el dominio de la palabra precisa: él no decía nada con pasión. Balzac, tan profundo y tan poderoso para la visión como él, no era sino un escritor lento, un constructor minucioso de edificios enormes, una especie de elefante literario, capaz de transportar masas prodigiosas, pero con un paso lento. Saint Simon tenía alas. Él escribía con la rapidez del

ímpetu, pudiendo seguir apenas el torrente de sus ideas con toda la precipitación de su pluma, tan pronto para el odio, tan rápidamente entregado al gozo, exaltado de modo tan sublime por el entusiasmo y la ternura, que uno, leyéndole, cree haber vivido un mes en una hora. Esta pasión impetuosa es la fuerza de los artistas; del primer golpe, anonadan, y conquistado el corazón, la razón y todas las facultades quedan esclavizadas. Cuando un hombre nos enardece el cerebro, casi sentimos el hálito del genio bajo el contagio de su palabra; por su calor, nuestro espíritu llega á inflamarse, y la emoción lo engrandece y lo instruye. Cuando se lee á Saint Simon parece descolorida y fría toda Historia. No hay asunto que él no anime ni objeto que no haga visible. No hay personaje al cual no dé vida, ni lector al cual no haga pensar.

Esta pasión quita al estilo todo pudor. Moderación, buen gusto literario, elocuencia, nobleza, todo es arrastrado y anegado. Patentiza las emociones como ellas se le despiertan, violentamente, porque son violentas, y, ocupándolo todo entero, le tabican los oídos contra las reclamaciones del buen estilo y del discurso regular. La cocina, la caballería, la despensa, la albañilería, los animales domésticos ó enjaulados, de todo toma expresiones para todo caso. Es crudo, tribal y petrifica sus figuras en pleno lodo; aun permaneciendo él gran señor, es plebe; su soberbia lo reúne todo. Que los burgueses depuran el estilo de ellos como gentes sumisas á la Academia..., pues él arrastra el suyo por el arroyo, como hombre que des-

precia su vestido y se cree por encima de sus manchas. Un día, impacientado, dijo de dos obispos: «Estos dos animales mitrados.» Cuando la Choín entró á gozar del favor del rey, «M. de Luxemburgo, que tenía la nariz fina, se las limpió de espuma», y por Clermont, su amante, «se hizo el honor de reamarsarla». Además, «se espacia» contra Dangeau, «mono del rey, recamado de ridículos, con una simpleza natural, ingertado en la bajeza del cortesano y revocado con el orgullo del señor postizo». Un poco más adelante, se trata de Mónaco, «soberanía de una roca, desde la cual se puede, por decirlo así, escupir fuera de sus estrechos límites». Estas familiaridades anuncian, al artista que se burla de todo, cuándo tiene que pintarlo, y hace de los prestigios humanos litera que poner debajo de su talento. Saint Simon tiene necesidad de palabras viles para envilecer, y las toma. Su perro, su lacayo, su zapatero, su marmitón, su guardarropa, todos surgen á su evocación de acá y de allá, y toma de este remolino el objeto que quiere hacer aparecer á nuestros ojos como su personaje; nos le hace tan presente, tan tangible, tan manejable como la ropa de nuestra cama y nuestra badila. Hay pasajes donde aparece como escultor que hace mescolanzas con su greda, con las mangas levantadas hasta el codo, amasando la pasta, obsesionado por su idea y precipitando su mano para transportarla á la arcilla. «Madame de Castriés era una cuarta parte de mujer, una especie de bizcocho incompleto, extremadamente pequeño; pero bien apretada hubiera podido pasar á través de un anillo mediano; ni

espalda, ni cuello, ni mentón deformes; el aire, siempre apenado y de asombro, y con todo esto una fisonomía radiante de inteligencia y de expresión.» El todo lo palpa, llevando á todas partes las manos con irreverencia fogosa y ruda. Nada de todo ello admira cuando se considera que después de la condenación de Fenelon, un día, disputando con el duque de Charost acerca de Fenelon y Rancé, exclamó: «Al menos mi héroe no es una repetición de justicia.» M. de Charost se sofocó y se le echaron vasijas de agua en la cabeza, y durante este tiempo las damas amonestaron á Saint Simon. Que á este precio se es genio; única y totalmente envuelto en la idea que le absorbe, pierde de vista la medida, la decencia y el respeto.

Pero con esto adquiere la fuerza, porque se toma el derecho de ir hasta el fin de su sensación, de igualar á los movimientos de su corazón los de su estilo, de no conducir nada y arriesgarlo todo. De ahí la pintura que Saint Simon hace después de la muerte de monseñor: cuadro de agonía física, especie de horrible comedia, farsa fúnebre, que contemplamos frente á la mueca de la verdad y de la muerte. Las pasiones viles se ponen de manifiesto hasta el extremo; desde la primera palabra se percibe allí todo el hombre: no es la muerte lo que se llora, sino una olla perdida. «Una multitud de oficiales de Monseñor se pusieron de rodillas á todo lo largo del corredor, en dos hileras al paso del rey, gritándole con extraños aullidos que tuviera compasión de ellos, que todo lo habían perdido y que morirían de hambre.» Sólo refle-

jos dorados producía esta escena y estas dos filas de mendigos galoneados, arrodillados, sollozantes é implorando por sus cazuelas. En las salas trotan los fámulos enviados por las gentes de la cábala contraria, que averiguan con mirada penetrante y husmeaban en el aire la buena nueva. «Más adelante comenzó á manifestarse la multitud de cortesanos de toda laya. La mayoría, esto es, los imbéciles, sacaban suspiros de sus talones, y con los ojos extraviados y secos ensalzaban á Monseñor, pero siempre con la misma alabanza, es decir, de bondadoso, y se lastimaban por el rey de la pérdida de tan buen hijo. Los más políticos, con los ojos fijos en tierra y reclinados en los rincones, meditaban profundamente sobre las consecuencias de un acontecimiento tan inesperado, y muy principalmente sobre ellos mismos.» El duque de Berri, que lo perdía todo y que además se sentía doblegado á su hermano, se abandonaba á su dolor. «Vertía lágrimas de sangre, por decirlo así; ¡que tan grande parecía su amargura!» No eran sollozos los que lanzaban, sino gritos, y más bien aullidos. Se callaba á veces, pero era de sofocación, y luego detonaba de nuevo y con tanto ruido y tan fuerte la trompeta forzada de su desesperación, que la mayor parte detonaban también, influidos por estas repetidas manifestaciones dolorosas y por un aguijón de amargura, ó por un aguijón de bien parecer. Un poco más lejos, la duquesa de Borgoña utilizaba «algunas lágrimas provocadas por el espectáculo, y entretenida cuidadosamente» á fin de enrojecer y humedecer sus ojos de heredera. Vino luego L'Allemande, ceremo-

niosa y violenta, Madame que todo lo exagera y chappurea á través de las buenas formas, «vestida de gran luto, dando alaridos, sin que se sepa buenamente el por qué de lo uno y de lo otro, y los inunda con sus lágrimas, abrazándolos». En los rincones del cuadro se ve á las damas, con las ligeras ropas de noche, por tierra, alrededor del canapé de los príncipes, las unas, en montón, las otras, aproximándose al lecho y encontrando el brazo desnudo de un buen suizo, gordo, que bosteza con todo afán y se rehunde bajo los cobertores muy tranquilo, reposando su vino y dulcemente mecido por aquella algazara de hipocresía y egoísmo. He aquí la muerte tal y como ella es, llorada por el interés y la mentira y ridiculizada por contrastes amargos, entrecortados de risas, teniendo por verdaderos funerales el hipo convulsivo de algunos dolorosos desbordamientos que acusan al hombre de debilidad, ó de hambre, ó de avaricia, y llevado al cementerio entre cálculos que no se saben ocultar bien ó entre «mugidos» que se saben contener.

Esta erudición de estilo y esta fuerza de verdad, no son sino efecto de la pasión; he aquí la pasión pura. Tomad el asunto más insignificante, una querrela de preferencia, una picotería, una cuestión de sitio de asiento, cualquier cosa digna de la condesa de Escarabagnas: y ella se agranda, se hace un monstruo, se apodera del corazón y del entendimiento, se ve allí la suprema dicha de toda una vida, el gozo delicioso manifestado á grandes rasgos y saboreada hasta el fondo de la copa, la soberbia triunfante, digno objeto de los esfuerzos más sostenidos, mejor combinados y

más grandes; se cree asistir á cualquier victoria romana, señalada por el aniquilamiento de todo un pueblo, y se trata simplemente de una mortificación infligida á un Parlamento y á un Presidente. «El malvado tiembla al pronunciar la sentencia. Su voz entrecortada, la contracción de sus mejillas, el encogimiento y turbación visible de toda su persona, denuncian el resto del veneno, del cual él no puede rehusar la libación así mismo y á su compañía. Allí fué donde yo saboreé con todas las delicias que se pueda imaginar, el espectáculo de estos fieros legistas (que se atreven á negarnos la salud), prosternados de rodillas y rindiendo á nuestros pies un homenaje al trono, mientras que nosotros estábamos sentados en los altos sitios y cubiertos, á los lados del mismo trono, y estas situaciones y posturas tan desproporcionadas defienden solas, con todo el valor de la evidencia, la causa de aquellos que verdaderamente y de hecho son *laterales regis*, contra aquel *vas electum* del tercer Estado. Mis ojos fijos, adheridos á aquellos burgueses soberbios, percibían todo aquel gran banco de rodillas ó de pie, y los amplios repliegues de aquellos cueros ondulando á cada genuflexión larga y repetida de las que hacían, y que no terminaban sino previo mandamiento del rey, hecho mediante la boca del guardasellos, vil ardilla que hubiera querido contrahacer el armiño en mera pintura, y aquellas cabezas descubiertas y humilladas á la altura de nuestros pies». ¿Quién se podrá reir de esta pedantería latina y de estos detalles de guardarropa? El artista es como una máquina eléctrica car-

gada de chispas, la cual ilumina y cubre toda deformidad y toda mezquindad, bajo las fulguraciones de su centelleo; su grandeza se halla en la grandeza de su carga; cuanto más pueden sus nervios sobrellevar, más puede hacer él; su capacidad para el dolor y el deleite, determina el grado de su fuerza. Es una pequeñez de las ciencias morales el no poder fijar la importancia de este grado; la crítica, para definir á Saint Simon, sólo usa vagos adjetivos y alabanzas vanales; yo no puedo decir ni cuánto sentía, ni cuánto sufría; para el mayor esclarecimiento, en este caso, tengo ejemplos, y los uso. Leed lo que aún voy á transcribir, no conozco nada igual. Se trata de la conducta del duque de Borgoña, después de la muerte de su mujer. Quien tenga la menor costumbre de percibir el estilo percibe allí, no solamente un corazón quebrantado, un alma fatigada bajo la plenitud de una desesperación sin límite, sino que también la tensión de los músculos crispados y la agonía de la máquina física, que, sin cobardías, muere de pie. «El dolor de su pérdida penetra hasta lo más íntimo de su medulla. La piedad allí sobrenada por los más prodigiosos esfuerzos. El sacrificio fué completo, fué sangriento. Y en esta terrible aflicción no se veía nada que fuese bajo, nada pequeño, nada indecoroso. Véase allí un hombre, fuera de sí, que presenta una superficie compacta y bajo la cual sucumbirá.» Esta clase de genio se desenvuelve sin freno sólo en Saint Simon; de aquí su estilo «conducido por la materia, poco atento á la manera de presentarla, sino para explicarla bien solamente.» No es hombre de academia, discurrente re-

gular y que tenga su renombre de docto escritor asegurado. Escribía solitario, en secreto, con la firme resolución de no ser leído mientras viviese; no era guiado por el respeto á la opinión ni por el deseo de pasajera gloria. No escribía sobre asuntos de imaginación que dependieran del gusto reinante, sino sobre cosas personales é íntimas, ocupándose solamente en conservar el recuerdo de ellas y en complacerse. Todas estas cosas hacían que se entregase á sí mismo. Violenta el francés de tal modo, que hubiera hecho temblar á sus contemporáneos, y aun hoy asombrará á la mitad de los lectores. Sus extrañamientos y abandonos son naturales, casi necesarios; sólo ellos reflejan el estado de espíritu que les produce. Solamente las metáforas violentas son capaces para expresar los excesos de tensión nerviosa, y sólo las frases dislocadas son aptas para la expresión de los sobresaltos del numen inventivo. Cuando Saint Simon pinta las relaciones de Fenelon y de madame Guyon, diciendo que «su sublimidad se amalgama», esta breve imagen, tomada de la singularidad, y las violencias de las afinidades químicas, es un relámpago. Cuando en los cortesanos gozosos por la muerte de Monseñor, «un no sé qué de más libre en toda la persona á través de la necesidad de contenerse y guardar buena compostura, un vivo, una especie de centelleo alrededor de ellos que le distinguiría aunque ellos no quisiesen», esta expresión alocada es el grito de una sensación; si en vez de «un vivo» hubiera puesto un «aire vivo», y en vez de «una especie de centelleo» hubiera puesto «mira-

das centelleantes», hubiera borrado toda la verdad de su imagen; en su fugacidad todo el personaje le parece chisporroteante, rodeado por la alegría de una especie de aureola.—Nadie ve más pronto ni más objetos á la vez; por esto, su estilo tiene recursos apasionados é ideas explicativas, ligadas como en apéndice á la frase principal, estranguladas por el poco espacio y arrastradas con el resto, como por un torbellino. He aquí cinco ó seis personajes trazados al vuelo, cada uno por un rasgo único: «Después de cenar nos reunimos; M. de Guéméné duerme á la suiza, como acostumbra; M. de Lesdiguières, novato aún, escucha muy admirado; M. de Chaulnes, razonando á modo de embajador con el frío y el apocamiento de una bravura ahogada por el dolor de su cambio, de la cual no podrá volver nunca. El duque de Béthune, chismoso de pequeñeces, y el duque de Estrées gruñendo y gesticulando, sin que saque nada de ello.» Además, las palabras amontonadas y la armonía imitativa, imprimen al lector la sensación del personaje: «Harlay escucha temblando á cada emisario de Bretaña, y respira hasta que viene otro.» La frase se proyecta como un hombre que se desliza y escapa despavorido sobre la punta del pie.—Más adelante, el estilo lírico se eleva hasta las más altas figuras, á fin de igualar las fuerzas de las impresiones: «La mesura y toda especie de decencia, y todo bien parecer, están en ella en su centro, y la más refinada soberbia, está sobre su trono.» Esta misma frase, que ha cortado á medias, muestra, por sus dos comienzos diferentes, el orden habitual de sus pensamien-

tos. Comienza, salta otra idea, las dos proyecciones se cruzan, él no las separa, y las deja que emanen sobre el mismo canal. De ahí estas frases descosidas, estos entrelazamientos, estas ideas hincadas de través y á borbotones, este estilo espinoso, erizado de adiciones inesperadas, especie de guarnición inculta en que las secas ideas abstractas y las ricas metáforas florecientes se entrecruzan, se amontonan, se borran y sofocan al lector. Añadid á esto, expresiones arcaicas, populares, circunstanciales ó de moda, el vocabulario hollado hasta el fondo, palabras tomadas en todas partes, con tal que ellas basten á expresar la emoción presente y, sobre todo, una opulencia de imágenes apasionada, digna de un poeta. Este estilo extravagante, excesivo, incoherente, recargado, es el de la naturaleza misma; ninguno más útil para la historia del alma; él es la expresión literal y espontánea de las sensaciones.

Un historiador secreto, un geómetra enfermo del cuerpo y del espíritu, y un buen hombre pensador tratado como tal, he aquí los tres artistas del siglo XVII. Producen rarezas y un poco escándalo. La Fontaine, el más venturoso, fué el más perfecto; Pascal, cristiano y filósofo, el más elevado, y Saint Simon, entregado por completo á su genio, el más poderoso y el más veraz.